**RECUERDOS DEL ÁNGEL QUE DIBUJABA PALABRAS**

Les dije que no. Simplemente porque me dio la gana, ya está, no hay ninguna otra razón. ¿Por qué os interesa tanto mi triste existencia? No perdáis vuestro tiempo conmigo, haced algo más útil que escuchar (o más bien leer) lo que todos consideran los delirios de una loca. Mis compañeros querían ir a la fiesta para celebrar la llegada de las fiestas navideñas, creo que para ellos eso significa alegría, para mí no, ¿por qué tendría que celebrarlo entonces?

Sé que ellos no me comprenden porque no han vivido lo mismo que yo, porque para ellos, como para mí antes del año pasado, es una fecha para celebrar. Para mí se trata más que de unos días para llorar un poco más que el resto del año lo que perdí.

Sí, yo también era feliz cuando sabía que se acercaba la Navidad, siempre he sido tonta (más que el humano convencional, que ya de por si lo es) y me fijaba en cada detalle, hasta me daba la sensación de que olía a Navidad, me gustaba ver las luces que convertían las calles de mi hermosa ciudad en un enorme despropósito de colores mal combinados. Recuerdo que solía acudir como todo el mundo a la parte más céntrica de la ciudad solo por el gusto de acabar pisoteada y arrastrada por una marea de gente ávida de compras rebosando consumismo. Sin embargo, yo reía y pensaba que todo aquello era extremadamente bonito, esperaba ansiosa el día en que mi familia se reunía para cenar y hasta fingía estar muy interesada por los programas-basura que ponían en televisión. No me entraban ganas de vomitar con los villancicos, bueno, de acuerdo, eso sí. Es que nunca entenderé como puede beber agua un pez a causa de su felicidad. Pero ese no es el asunto, estaba explicando que yo antes era normal y me encantaba la Navidad. También me gustaba la tradición de fin de año, ahogarme con las uvas y la fiesta de los Reyes Magos. Iba a ver la cabalgata de mi ciudad, me reía como una tonta cuando recibía una pedrada en forma de caramelo en la cabeza y gritaba a los que ocupaban las carrozas para que me tiraran más caramelos. Me despertaba la primera el Día de Reyes, me vestía e iba a encontrarme con mi familia. Seguramente acabo de describir la rutina navideña de una persona cortada por el patrón general, tal vez haya descrito tus propias costumbres. Si es así me alegro por ti y espero que nunca te toque vivir lo mismo que a mí.

La mía es una historia que demuestra la total falsedad de la frase “lo que bien empieza, bien acaba”, de hecho sería más acertado utilizar la de “cuanto más alto llegues, mayor será el golpe”. Estábamos en diciembre, faltaba una sola hora para que terminase la clase, después sería libre y tendría por delante las vacaciones de Navidad para descansar y disfrutar de ellas. Al igual que todos los años, mis amigos me propusieron salir aquella noche para celebrar la liberación contenida en el concepto “vacaciones”. Yo, por supuesto, no lo dudé y les dije que iría. Sabía a lo que iba pero como siempre, se pasaron de la raya.

Ese viernes por la noche me duché y me arreglé, hacía mucho frío pero me vestí como si no fuera así, llevaba una falda corta, negra y ajustada, tanto que me costaba moverme, con una blusa azul que me encantaba. Además me puse los tacones más incómodos que encontré en mi armario, no me vi pero puedo imaginar lo patética que debía ser mi imagen al andar, sobretodo porque no podía hacerlo. Salí de mi casa y cené con llave, me di bastante prisa porque siempre tengo la sensación de que estoy llegando tarde. El autobús tardó unos diez minutos y cuando me subí descubrí que casi todo el mundo iba al mismo lugar que yo, parecíamos una cargamento de juguetes de una fábrica, todos vestidos del mismo modo, con las mismas características y es más, podría apostar a que todos con los mismos pensamientos. No nos preocupaba nada y no teníamos interés en pensar, nos limitábamos a mirarnos unos a otros y a perder la mirada en los cristales del autobús. Yo no lo sabía, pero estaba ciega.

Era una noche estrellada, pero las luces del sórdido desierto superpoblado de neones eclipsaban la luz que los astros nos regalaban, nadie quería oír su canción, ni siquiera sabíamos que existían porque jamás nos habíamos molestado en mirar hacia el cielo, eso nos hubiese hecho sentir demasiado insignificantes. Nos creíamos los reyes del mundo y probablemente el resto de la gente que bajó en la misma parada de autobús que yo con los mismos objetivos sigue pensando que lo son, yo he cambiado mucho. Sé que soy aquella chavala que estaba allí ese día porque ella tiene en su bolsillo un carnet de identidad idéntico al mío, solo por eso. Recuerdo de aquellos momentos el ruido ensordecedor de la música siendo reproducida en los coches a un volumen infinitamente superior al que el oído humano puede asumir y las luces a mi alrededor con su halo embriagador, mi cabeza palpitaba. Pero sabía (o creía) que debía mantener las apariencias y fingir que todo aquel paraíso dantesco no solo no me disgustaba, sino que me parecía maravilloso. Al principio me pareció incluso divertido pero más adelante mi cabeza comenzó a dar vueltas y el mundo empezó a girar con ella, cada uno hacia una dirección diferente. Sentí que mi cuerpo se derrumbaba bajo el peso del vacío mental que ocupaba mi cerebro y la sensación de fatiga y vértigo creció, Mis amigos parecían disfrutar de esas sensaciones, solo que ellos además habían bebido y estaban más cerca del país de las musas que del planeta terrestre. Yo no bebí nada, aunque me insistieron mucho, pero siempre me ha resultado patético esa gente que no es capaz de divertirse sin emborracharse. Mi mente permanecía lúcida aunque embotada y podía ver a mis compafleros moviéndose como demonios en una danza macabra. Algunos estaban ya tumbados en el suelo y la mayoría se reían de manera nerviosa como si de psicópatas se tratase. Ninguno era consciente de lo que bacía pero todos se veían exageradamente felices. Avancé como pude entre la marea de gente y deseé no estar allí, recordé la tranquilidad de mi casa y el murmullo del apacible silencio que me llamaba desde sus paredes. Pero no había llegado lo peor. Estaba intentando buscar un espacio donde respirar sin que nadie me vomitara encima cuando uno de mis compañeros se acercó a mí, Tenía la vista nublada por los efectos del alcohol y sostenía orgulloso una botella de cerveza, creo que ese había pasado la frontera de la tierra de las musas y estaba ya en el Olimpo. Se colgó de mis hombros y empezó a tratar de articular palabras inconexas mientras intentaba arrastrarme con él en su frenético movimiento sin sentido. Entonces, sus palabras se tomaron un poco más comprensibles y logré adivinar en ellas los acordes maltratados de un villancico. Luego gritó:

- ¡Feliz Navidad!

Acompafió su canción de una sarta de hipidos. Recuerdo que olía a alcohol y me provocó arcadas. Por suerte, conseguí zafarme de él pero, no comprendo por qué, se me quedó la cancioncilla metida en la cabeza. No se me ocurrió otra idea mejor más que correr cuanto me permitieron mis pies (y sobretodo mis zapatos) en busca de tranquilidad, mi mente estaba saturada y necesitaba calma, silencio, necesita quitarme aquellos instrumentos de tortura que llevaba puesto en los pies y alejarme de todo aquel escenario apocalíptico, de la música transformada en ruido, del olor a alcohol y desesperación y del villancico, tenía que sacarlo de mi cabeza de cualquier modo. En mi huida vi gente en el suelo, desmayada o simplemente aturdida, probablemente felices hasta el alba. Logré salir del infierno y me encontré libre, me dejé caer sobre la hierba que crecía allí, estaba en un paseo junto al río. Escuchaba en la lejanía el zumbido de los altavoces desquiciados, mi cabeza seguía palpitando pero la fatiga desapareció poco a poco. Me di cuenta por primera vez de lo blando y agradable que podía llegar a ser el césped para un cuerpo agotado. Miré al cielo desde mi nueva alfombra y logró ver las estrellas que siempre había ignorado, me parecieron llenas de vida, parpadeando en el manto bordado del firmamento. Respiré hondo y sentí el oxígeno llenar mis pulmones, no olía a nada, como debe ser, tal vez un poco a hierba recién cortada. El aire era frío pero me reconfortaba, dejé que pasase a través de mi ropa y se llevase todo lo que me había hecho sentir mal. No pensé en el futuro, no me preocupaba, había conocido el presente que siempre había tomado por inexistente. Me sentí plena. Estaba tan metida en mi propio mundo recién descubierto que no me di cuenta de que no estaba sola. No recuerdo cómo lo noté pero de repente, me giré y descubrí a pocos metros de mí a una persona tirada en el césped. Fue curioso cómo, habiendo visto tantas personas en el mismo estado aquella noche, supe que aquel no era el mismo caso y me decidí a acercarme. Era un chico joven, tenía el pelo oscuro y rizado, con grandes tirabuzones. Su rostro tenía la delicadeza que solo poseen las figuras de porcelana, sus ojos estaban cerrados y daba la sensación de estar desmayado. Lo observé con cuidado, como si me diese miedo que se rompiera en cualquier momento, pero no me atrevía a tratar de despertarlo, no quería romper la calma que se había instalado en el ambiente. Me senté a su lado y esperé a que ocurriese algo, no tenía muy claro qué era lo que tenía que pasar pero no me importaba. Sin embargo, cierta impaciencia se fue adueñando de mí a medida que el tiempo, que no respeta a nadie ni a nada, corría impasible y me incliné junto a mi peculiar descubrimiento, no supe qué hacer así que, haciendo alarde de bastante torpeza, le aparté un mechón de pelo de la cara. Casi me asusté cuando abrió los ojos y me miró molesto, como un niño recién levantado para ir al colegio. Se incorporó un poco y sacudió la cabeza con el propósito de recolocarse en pelo y quizás también de espabilarse. Me observó con curiosidad y luego trató de alcanzar con [a vista el rizo que yo le había apartado de la cara, parecía que quisiera comprobar que seguía allí. Se miró las manos y los brazos, alzó la vista al cielo y se llevó una de sus manos a la altura del corazón. No sé cómo llegué a la conclusión (teniendo en cuenta todos los datos objetivos que tenía) de que no estaba loco ni borracho. Mientras yo llegaba a estas conclusiones, él se dejó caer sobre el césped y perdió la mirada en el inmenso cielo estrellado sin retirarse la mano del pecho. Entonces me decidí a hablarle, ahora que lo pienso tal vez fuese un poco brusca.

- ¿Pero tú de dónde has salido? —le pregunté.

Se incorporó de golpe y me miró como si no lograra creer que el sonido que acababa de oír procediera de mí pero no pareció entenderme. Pensé que podía tratarse de un extranjero pero me desconcertó el entusiasmo inusitado por mi voz. No respondió a ninguna de mis preguntas pero a partir de la tercera comenzó intentar imitarme sin lograr articular nada lógico. Era obvio que no sabía hablar, pero no parecía ser mudo. También se lo pregunté pero tampoco obtuve respuesta a mi duda. No tenía medio alguno para comunicarme con aquel individuo así que mc resigné al silencio y me recosté en la hierba, él me imitó. En ese momento me di cuenta de lo extraño que en mi nuevo amigo, no dijo una palabra y sin embargo me hizo sentir acompañada, mucho más que la mayoría de la gente con la que he mantenido conversaciones. Me quedé callada, simplemente porque no consideré que fuese necesario hablar, sin decir nada estaba todo dicho. Sin embargo, si generaba en mí una intensa curiosidad, ¿de dónde había salido? No podía haber caído del cielo.

El peso de la noche sobre mí me recordó lo cansada que estaba y decidí que aquel pequeño paraíso no era lugar para dormir, así que me levanté dispuesta a marcharme a casa, con suerte aún lograría coger un autobús que me llevase de vuelta. El me siguió y lo miré desconcertada, parecía estar dispuesto a hacer lo mismo que hiciese yo. A sabiendas de que no hallaría respuesta le pregunté:

- ¿Te vas a casa?

Me miró y sentí que había entendido lo que quería decirle, después se encogió de hombros, volvió a mirar al cielo y se cruzó de hombros como si esperara a que yo le diese una respuesta. Comprendí lo que me estaba diciendo, al menos la idea global.

- Bueno, puedes venir si quieres, la habitación de invitados está libre —le dije al tiempo que me volvía para precipitarme hacia la parada de autobús.

Me siguió callado y sonriente como un niño pequeño. Tomamos el autobús hasta mi casa, estuvo todo el recorrido como si acabara de abrir los ojos al mundo. Me hacía gracia su actitud pero seguía teniendo la sensación de que me faltaban muchos datos. Llegamos a mi apartamento muy tarde, apenas pude introducir la llave en la cerradura, tal era el cansancio que arrastraba, Empujé la puerta y lo invité a pasar, le dije dónde estaba el cuarto para los invitados y asintió con la cabeza. Luego me despedí y me fui a dormir, he vivido pocos momentos tan agradables como el de quitarme los zapatos, ponerme el pijama y meterme en la cama. A pesar del sueño que tenía, tardé bastante en lograr dormirme, me dio tiempo a pensar en muchas cosas, a plantearme muchas cuestiones que, al menos en ese momento, no podía resolver y a crearme montones de ideas erróneas y disparatadas que en ese momento tenían toda la lógica del mundo para mí. Cuando finalmente logré dormirme las quimeras comenzaron a perseguirme y una sombra gris me acosó toda la noche, yo gritaba, pero nadie podía oírme.

La mañana se coló por mi ventana y unos débiles rayos de sol me abrieron los ojos contra mi voluntad. Me desperecé resistiéndome a volver a ser un objeto perpendicular al suelo, pensé en lo impertinente que era el sol metiéndose donde no lo llamaba nadie, en resumidas cuentas, disparaté un rato. Luego me levanté de la cama y miré, antes de salir de mi habitación, la colcha con cierta nostalgia. Me arrastré en zapatillas hasta la cocina y me llevé el susto de mi vida cuando encontré allí a mi invitado. Es absurdo, pero no recordaba que estaba allí, creo que la noche de perros a la que acababa de sobrevivir me había borrado la memoria. Sonrió muy contento con su cara de niño feliz y se acercó a mí. De repente me observó con cuidado de arriba abajo y empezó a reír a carcajadas. Me di cuenta de que sin los tacones, era bastante más baja que él y, sin tener muy clara la razón, comencé a reírme yo también. Su risa era absolutamente cristalina, limpia, pero eso no bacía que dejáramos de parecer un par de tontos sin remedio. Cuando conseguimos dejar de reír yo estaba del color de un tomate maduro y él tampoco se quedaba atrás. Alcé la vista empañada por las lágrimas y descubrí lo que había estado haciendo hasta que yo había entrado en la cocina. Toda la mesa de mi cocina estaba cubierta de dibujos en unas hojas de papel que había cogido de mi carpeta. Cuando me acerqué para verlos me detuvo suavemente poniéndome una mano en el hombro, los recogió de la mesa y los ordenó, luego, los colocó en orden sobre la mesa y se dispuso a realizar la visita guiada por su obra. Me sorprendí al descubrir que era un dibujante genial, pero aún me sorprendió mucho más la temática de sus esbozos. Comenzó señalando uno en el que aparecía una persona, o eso parecía, encadenada a una enorme esfera, eran unos trazos que poseían tal fuerza que pude adivinar que ambas cosas, el ser y la esfera estaban conectados de algún modo. Entonces pregunté:

- ¿Es un hombre encadenado a una esfera? -

El me señaló su espalda y al ver que yo no lograba deducir lo que me quería decir, tomó mi mano y la puso suavemente sobre el dibujo. Me di cuenta entonces de que el hombre tenía alas, unas preciosas y enormes alas de pájaro.

- ¿Un ángel? — pregunté.

Asintió satisfecho y me señaló la esfera haciendo un gesto con las manos que me sugirió que no se trataba de una esfera cualquiera, era una estrella. En el dibujo se veían otras estrellas en las que estaban insinuados otros ángeles, uno por cada cuerpo celeste.

Me llevó al segundo dibujo en el que pude observar cómo se sumaba otra estrella y los ángeles luchaban por liberarse de las cadenas que los obligaban a permanecer atados a ellas.

- ¿Quieren liberarse? — quise saber

Negó con la cabeza.

- Entonces, ¿por qué tratan de soltarse de las cadenas?

Señaló la estrella nueva, su ángel no intentaba soltarse y parecía brillar más fuerte, como si dependieran del ángel para brillar. Debo reconocer que a mi siguiente pregunta le eché imaginación:

- ¿Cuándo hay una nueva tienen que caer los demás?

Hizo un gesto que me dio a entender que no estaba lejos de la realidad y m mostró el puño cerrado con un solo dedo.

- Uno..., solo uno de los ángeles debe caer — deduje.

Asintió.

-Por qué?

Me enseñó las dos palmas de las manos abiertas como si fuesen los platos de una balanza y las movió arriba y abajo alternativamente sin dejar de mirarme.

- ¿Para mantener el equilibrio?

Chasqueó los dedos indicándome que había acertado y me sentí inteligente. El parecía encantado. Me enseñó otro dibujo en el que el ángel que al principio me había llamado la atención se había soltado y caía mientras su estrella yacía apagada.

- Cuando el ángel no está, la estrella se apaga —interpreté yo- ¿la estrella brilla por la energía del ángel?

Sonrió, así que supuse que me estaba diciendo que sí. Pasamos a otro dibujo en el que el ángel estaba caído en un espacio indefinido, ya ni siquiera se veían sus alas.

-¿Está muerto? — pregunté asustada.

Asintió gravemente como si le afectase realmente. Entonces me fijé despacio en el ángel muerto, en sus rasgos, y admiré la delicadeza y precisión con la que lo había dibujado. De repente una idea cruzó mi mente y volví la cabeza bruscamente hacia el dibujante. Estaba esperando a que lo hiciera porque movió la cabeza hacia arriba y hacia abajo despacio confirmando mis sospechas. Mi cara debía reflejar el más absoluto terror, no podía creerlo.

- ¿Eres un ángel? — le dije sabiendo de antemano la respuesta- ¿te has caído de una estrella? Pero es absurdo.

Me miró comprensivo con algo de lástima en los ojos, como si supiera lo complicado que estaba siendo para mí asumir todo aquello de golpe.

-Pero tú no estás muerto.

Se encogió de hombros y entendí que quería decirme que él tampoco comprendía la razón. Pero parecía tan resignado y todo era tan difícil que me superó y me derrumbé psicológicamente. Rompí a llorar como si fuera yo la que podía morir en cualquier momento. Se acercó a mí y me miró mientras se mordía el labio inferior, se sentía culpable por haberme hecho llorar. Me abrazó torpemente y yo hice lo mismo mientras sollozaba sin poder parar, no me había dado cuenta del cariño que había llegado a cogerle a ese personaje que no era más que un desconocido hacía unas horas. No sé cuánto tiempo pasé llorando a su lado pero cuando logré calmarme decidí que no servía de nada llorar, que si por un error del universo, él estaba vivo y en mi casa, nada iba a intentar solventar dicho error. Necesitaba creerlo. Para distraer mi mente, me puse a preparar el desayuno, saqué dos cuencos de leche y una caja de cereales, retiré una silla y le hice un gesto para que se sentara. Volvió a ser el mismo niño emocionado que sonreía por cualquier cosa, pero ahora me daba miedo que desapareciese de un momento a otro. De pronto, mi móvil comenzó a sonar y me asusté, miré la pantalla y vi un pequeño sobrecito en la esquina superior derecha, un mensaje. Lo abrí y vi que era de un prima mía preguntándome si iría a la cena de esa noche. Miré el calendario extrañada y me encontré que estábamos a veinticuatro de diciembre, Nochebuena. Se me había olvidado por completo en la fecha en la que nos encontrábamos. Le contesté que iría, para no generar preguntas incómodas, aunque en realidad no me apetecía después de los últimos acontecimientos. Entonces pensé que tendría que llevarlo conmigo, no podía dejarlo solo en casa, arriesgarme a perderlo mientras yo no estaba. Le expliqué lo que estaba pasando porque ya había llegado a un punto en que sabía que podía entenderme aunque no me respondiese y sonrió de nuevo, encantado con la idea de la excursión.

Terminamos de desayunar y pensé que igual debía enseñarle algunas cosas antes de que mi familia lo conociera. Debo reconocer que aquella fue una de las mañanas más divertidas de mi vida, me parecía estar enseñando a un crío a comportarse en el mundo de los adultos. Por suerte aprendía muy rápido y no fue difícil descubrir en él a una persona (o un ángel) inteligente, cariñosa y encantadora. Recordé los malos momentos que había pasado la noche anterior con aquellos que yo consideraba mis amigos y me di cuenta de que no valían nada a su lado, jamás volveré a conocer a alguien así. Me percaté de que si la estrella se apagó fue porque toda la luz se la llevó él. Su sonrisa eclipsaría al mismo sol, las estrellas deben tener envidia.

Eran las siete de la tarde cuando lo mandé a ducharse, había sido precavida y ya tenía preparada una muda. Salió con el pelo alborotado y me reí, él me imitó. Cuando estuvimos listos bajamos al aparcamiento y nos subimos al cache. Íbamos de camino cuando caí en la cuenta de que me iban a preguntar su nombre.

- Oye, ¿tienes nombre? —le pregunté.

Movió la cabeza negativamente y me hizo un gesto como si quisiera que yo lo eligiese. Pensé en un nombre, pero me costó encontrar uno que estuviera a la altura.

-Pues si eres un ángel caído, ¿qué tal Ariel?

Sonrió satisfecho. Por cierto, si tú, querido lector eres de los que creen que Ariel es un nombre exclusivo de mujer (probablemente por influencia de la película La Sirenita de Disney), lo siento por ti pero no tiene por qué ser así.

La cena no fue tan desastrosa como yo esperaba, preguntaron quién era mi acompañante y yo les respondí que se trataba de un amigo mío. También les dije que era mudo, para evitar explicaciones pero la sonrisa de Ariel logró suplir, una vez más, las palabras y todos quedaron encantados con mi nuevo amigo. Aproveché para tomar de casa de mis padres sin que nadie se diera cuenta ropa que mi hermano mayor había dejado allí cuando se fue a estudiar al extranjero. Volvimos a mi casa, nos pusimos los pijamas y nos fuimos a dormir Cuando dejé a Ariel en su cuarto y le dije que durmiese bien me abrazó de golpe y supe que estaba agradecido. Luego cerré la puerta y me fui a ordenar mis pensamientos a mi habitación.

Puedo decir que ese año entendí el verdadero concepto de Navidad mágica. Cada día nos levantábamos y planeábamos una nueva aventura, casi me hizo olvidar el miedo que tenía a que desapareciera. Fuimos a la ciudad de compras, vimos las luces de colores y reímos por tonterías. Huimos de los villancicos, vimos portáis de esos que montan los bancos que todos los años son iguales en los que anochece y amanece en medio minuto. En las fechas señaladas fuimos a cenar o a almorzar con mi familia que cada vez estaba más maravillada con Ariel y hasta mis primos pequeños se hicieron amigos de 61. Todo fue perfecto, tal vez demasiado. Pronto pasó a pertenecer a la familia y nunca nadie preguntó por su origen, lo cual era todo un alivio. Pero yo sabía en mi fuero interno que aquello no podía acabar bien, aunque, ciertamente todo había empezado bien con Ariel.

Desperté una de aquellas mañanas con una extraña inquietud pero no había nada que se saliera de lo normal en la que se había convertido en nuestra rutina. Ariel me esperaba en la cocina, desayunamos y nos preparamos. Estuvimos haciendo limpieza y luego volvimos el sofá de mi salón hacia la enorme cristalera que daba a la ciudad. El juego de luces era precioso, parecía que fuésemos los amos del mundo. Las luces tintineaban corno las mismas estrellas pero un millón de colores distinguía el cielo real del artificial que los humanos habíamos creado en el suelo. Me recosté sobre el hombro de Ariel y le pregunté:

- ¿Dónde van los ángeles cuando mueren?

Me revolvió el pelo, se levantó y volvió un minuto más tarde con unas hojas de papel y un lápiz. Supongo que para ellos no es un misterio como lo es para nosotros. Dibujó un lugar que no sabría describir pero que era, sin duda, la descripción más exacta que he visto nunca de un paraíso.

- ¿Y los humanos? ¿También lo sabes?

Asintió y me señaló el mismo dibujo.

- ¿Al mismo sitio?- pregunté.

Sonrió y movió la cabeza afirmativamente. Eso me hizo sonreír también. De repente decidió que quería decirme algo más, así que comenzó a hacer otro dibujo. Yo aguardé la sorpresa con ganas. Cuando acabó y me lo mostró me sorprendió mucho. Vi a un joven que sin duda era él con una mano en el pecho, parecía querer decir algo que sentía pero su rostro estaba ruborizado como si no se atreviese. Al otro lado, de espaldas al él y separada por un muro como si estuviera en otra habitación había una chica en la misma posición. Era obvio que a ambos les preocupaba lo mismo pero ninguno quería romper la barrera, les daba miedo. Me dispuse a interpretar el dibujo.

-A ver, este eres tú y esta...

No me dejó terminar, me señaló con el dedo índice.

-¿Soy yo?

Era cierto, se parecía a mí. Entonces me apretó contra él y supe que, igual que yo, estaba llorando. Lo confirmé cuando me separó de él con cuidado y me besó con toda la delicadeza con la que brilla una estrella. No puedo decir cuánto tiempo estuvimos así porque lo ignoro, pero tiemblo con solo pensar lo que sucedió después. Se estaba volviendo transparente, desaparecía. Supe que no podía hacer nada por retenerlo, que todo había sido un tremendo error que ahora estaba siendo solventado, pero no podía asumirlo. Lloré mientras se escapada de mis brazos, mientras lo perdía para siempre. Se fue como una estrella se apaga, nadie lo nota a no ser que ese alguien haya dedicado su alma a observar el brillo de ese astro. Lo último que dejó fue su sonrisa y sus ojos, sus preciosos ojos grises y su sonrisa de plata, pero sobretodo un vacío que nada ni nadie podrá llenar jamás.

Ahora comprenderás por qué odio la Navidad y cualquier cosa que esté relacionada con ella, por qué solo logro recordar lo que he perdido. No sé cómo ha pasado un alio pero todo se acaba. Ignoro de qué modo lo haré, pero este año, me iré con él. El paraíso al que Ariel y yo estamos destinados a ir me está llamando y no esperaré a que lo haga dos veces. Solo tengo que cerrar los ojos, conozco mi destino, conozco el lugar y su luz ilumina el camino que debo seguir parar reunirme con él. Adiós, aquí ya no me queda nada, allí está todo lo que necesito para ser feliz.

**Clara Sánchez Velasco 1°BIICS-A**